

EL “CUADRO DE COSTUMBRES” Y EL PROYECTO HISPANO-CATÓLICO DE UNIFICACIÓN NACIONAL EN COLOMBIA¹

Erna von der Walde

Universidad de Essex, Reino Unido

ABSTRACT: *In the 1858–1872 period, a group of lawyers who met in the gathering of El Mosaico processed all the material collected by the Geographic expedition that had taken place between 1851 and 1859 and which was lead by the Italian geographer Agustín Codazzi and made an overview of the Nation as a country made up of regions or areas. This picture got transmitted through the local customs. At the same time, José María Vergara y Vergara, co-founder of the gathering wrote the first history about the literature of Nueva Granada which is the basis for a new evaluation of the Hispanic colonial past. Both the regional vision of the local customs and the Hispanic–Catholic view by Vergara y Vergara showed to be the basic elements for the National unification which was consolidated under a conservative ideology since 1880.*

KEY WORDS: *Local customs, hispanic-catholic project, geography, colonial past.*

Entre 1858 y 1872, en medio de una crisis política, social y económica que amenazaba con llevar a Colombia a una ruina total, un grupo de hombres y mujeres ilustres se congregó informalmente en la tertulia de *El Mosaico*, dedicada especialmente a asuntos literarios. Los fundadores de este espacio fueron José María Vergara y Vergara, periodista y político conservador, y Eugenio Díaz, autor de cuadros de costumbres y de la primera gran novela costumbrista, *Manuela* (1859). Si bien, como en toda tertulia, las intenciones y proyecciones se formulaba ligeramente y no se pretendía llevar a cabo ningún proyecto de gran envergadura, de hecho este grupo resultó consolidando los contornos de la literatura nacional, afectando sus desarrollos futuros, al mismo tiempo que su actividad le otorgó un papel fundamental a la literatura en la formación de imaginarios nacionales.

El Mosaico se fundó inicialmente como un espacio de difusión del costumbrismo y organizó su labor alrededor de ese género. La noción con la que se operó era muy amplia y suelta, posicionando bajo el rubro otro tipo de escritos como las crónicas de viaje y los informes científicos. En

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXIII 724 marzo-abril (2007) 243–253 ISSN: 0210-1963

RESUMEN: Entre 1858 y 1872, un grupo de letrados que se reunía en la tertulia de *El Mosaico* procesó los materiales recogidos por la expedición geográfica que se había realizado entre 1851 y 1859 bajo la dirección del geógrafo italiano Agustín Codazzi y elaboró una visión de la nación como un país de regiones. Esta visión se transmitió a través del cuadro de costumbres. Al mismo tiempo, José María Vergara y Vergara, cofundador de la tertulia, escribió la primera historia de la literatura de la Nueva Granada a partir de la cual elabora una reevaluación del pasado hispánico colonial. Tanto la visión regional del costumbrismo como la hispano-católica que cimentó Vergara y Vergara resultaron elementos fundamentales en la unificación nacional que se consolidó bajo la ideología conservadora a partir de 1880.

PALABRAS CLAVE: Costumbrismo, proyecto hispánico-católico, geografía, pasado colonial.

términos generales, se catalogó como costumbrismo todo trabajo de descripción de los espacios geográficos del territorio nacional, de sus gentes, sus formaciones sociales y económicas.

Tras la muerte de Díaz en 1865, el grupo quedó en manos de Vergara y Vergara, la figura pivote, y es su obra la que le imprime a la labor relativamente informal de la tertulia el sentido de un proyecto de literatura nacional. La mayoría de los miembros hacían pequeñas contribuciones, organizaban de vez en cuando los encuentros en sus casas (esto se registraba en las actas que se publicaban en la revista), pero el grueso de sus actividades transcurría en los círculos de la política o en otras publicaciones, como es el caso de José María Samper, uno de los ideólogos liberales más influyentes del siglo; su mujer Soledad Acosta, periodista e historiadora, directora de la *Biblioteca para señoritas*; el periodista y educador liberal Manuel Ancizar; o el geógrafo Felipe Pérez. Fueron miembros más constantes y más dedicados a la labor literaria específica de *El Mosaico*, además de Díaz y Vergara y Vergara, sus fundadores, José Manuel Groot, autor y pintor costumbrista e

ideólogo católico; Ricardo Carrasquilla, educador, autor de cuadros de costumbres y orador católico; y José Manuel Marroquín, novelista, cuentista, gramático, compositor de una ortografía en verso, y, años después, presidente de la república cuando los Estados Unidos intervino para separar a Panamá de Colombia en 1903.

La tertulia se convirtió en un lugar de autoridad sobre cuestiones literarias y Vergara y Vergara se hizo cargo de organizar y ordenar las letras nacionales. Del círculo salieron publicaciones como *La lira granadina* (1860), una colección de lo más sobresaliente en poesía después de la independencia, recopiladas por José Joaquín Borda y el mismo Vergara y Vergara, el *Museo de cuadros de costumbres* (1866), recopilado también por este último con colaboración de otros miembros de la tertulia, publicaciones que arbitraban sobre calidad en forma y contenido y acompañadas de prólogos que definían valores "nacionales". En las reuniones del grupo se introducía a los nuevos talentos literarios y se sometía a aprobación los materiales que llegaban de distintos rincones del país. La revista de *El Mosaico* se convirtió en un importante órgano de difusión de novedades literarias: en sus comienzos publicó por entregas *Manuela*, la novela de Díaz, y en 1864 presentó las primeras poesías de Jorge Isaacs. Tanto Vergara y Vergara como Ricardo Carrasquilla leyeron y corrigieron el manuscrito de *María* (1867), la más importante novela romántica de Colombia.

En este artículo, me ocuparé de señalar las conexiones que existen entre el costumbrismo que cultivó *El Mosaico* y el proyecto de unificación nacional que cristalizó en la década de 1880 alrededor de una visión conservadora, hispano-católica de la nación. Me centraré en particular en los dos ejes que cultivó Vergara y Vergara: primero, el lugar que se le adjudicó al costumbrismo como vehículo de descripción de la realidad nacional, para lo cual tendré en cuenta los antecedentes, la procedencia de los materiales y el tipo de mapa imaginario, tanto geográfico como social, de la nación que contribuyó a crear; segundo, el uso específico que le dio Vergara y Vergara a este género como instrumento para hacer una revisión del pasado hispánico colonial y los lazos que existen entre esta variante y su obra más importante, la *Historia de la literatura en la Nueva Granada* (1867), la primera historia literaria de Colombia y una de las primeras del continente (González Stephan, 1987). La *Historia* resulta un espacio especial-

mente privilegiado para analizar el papel que le cupo a la literatura en el trazado de una continuidad cultural con el legado colonial español, sobre todo en lo que respecta a la lengua y la religión. En este punto, la obra de Vergara constituye una contribución fundamental para la cimentación del pensamiento hispano-católico conservador que habría de cristalizar en el proyecto de unidad nacional en la década de 1880.

Quiero además tener presente la función del costumbrismo en la creación de la idea de Colombia como "un país de regiones" que opera como la definición básica y fundamental de lo que es no sólo la base geográfica del territorio, sino de manera significativa la divisoria cultural del país y, por ende, de su desarrollo histórico. Si bien la multiplicidad y diversidad geográfica, cultural e histórica de Colombia son innegables, la "región" es ante todo un discurso, un dispositivo que se ha hecho operativo dentro de las relaciones de poder y en los conflictos políticos. Rebasa las intenciones de este ensayo hacer una crítica de ese discurso, cuya complejidad atraviesa multitud de instancias, pero es importante poner de presente que la "región" opera como una ideología. La región en el discurso de la nación en Colombia ha tenido la función muy importante de "naturalizar" formaciones sociales y económicas, así como de organizar aspectos culturales e interpretar procesos históricos. En este sentido, ha sido funcional para ocultar otras diferencias, para allanar y simplificar procesos sociales y culturales. Aquí señalaré algunos momentos de la construcción de esa ideología de la región para la cual el costumbrismo fue un vehículo privilegiado.

EL PROYECTO DE UNIFICACIÓN NACIONAL Y LA FUNCIÓN DE LA LETRA

La unificación y consolidación nacional en Colombia hacia 1880 fue un fenómeno más tardío que en la mayoría de los países hispanoamericanos. Desde la década del 40, profundas diferencias entre facciones de la elite fueron definiendo los perfiles de lo que habrían de ser los dos partidos políticos, el liberal y el conservador. El punto que los diferenciaba sustancialmente era el del papel que le adjudicaban a la Iglesia en los asuntos del estado. Esto tenía, por supuesto, repercusiones que también eran económicas, pues los fueros eclesiásticos significaban la

pérdida de importantes réditos para la hacienda pública y los liberales, apoyándose en el racionalismo económico, no dejaban de señalar este aspecto. Pero más importante resultaba la disputa respecto al papel civilizador, moralizador y educador de la Iglesia que alimentaba los argumentos de los conservadores y les servía de base para definir al pueblo que querían gobernar. En las cuatro décadas de intensa rivalidad y conflicto, en las que se lucharon cuatro guerras civiles a nivel nacional, tres de las cuales dieron como resultado una nueva constitución², se agudizaron las diferencias, se intensificaron los argumentos a favor o en contra de las posiciones y se demonizó al rival hasta el punto de hacer imposible una reconciliación.

Si bien, como afirma Cristina Rojas, a los letrados de la élites los unía su "voluntad de civilizar", en el discurso público pesaban más las diferencias, hasta el punto de que el partido opositor no se veía como un contendor sino como una desviación de la verdad, y por tanto como algo que debía ser eliminado (Rojas, 2002, 35-41). Fue el movimiento de Regeneración nacional el que salió finalmente victorioso en la contienda, un movimiento que tenía como figura política central a Rafael Núñez, un liberal moderado, y como líder intelectual y moral a Miguel Antonio Caro, el conservador más ilustrado, más consistentemente católico ultramontano e hispanista. Bajo la dirección de Caro se redactó la constitución de 1886, la cual habría de regir a Colombia durante más de un siglo, una constitución que entregó a manos de la Iglesia la conducción de la formación ciudadana como una educación moral.

Dado el impacto de las guerras y la rivalidad política en la formación de un proyecto nacional en Colombia, podría pensarse que el papel de la literatura no podría ser muy significativo. Adicionalmente, hacia finales del siglo XIX, el país consistía en su mayor parte de comunidades campesinas autosuficientes y el nivel de la matrícula escolar era bajísimo, apenas de un 5,3% en la década de 1870 (Palacios, 1995, 17). Por lo tanto, hay que tener en cuenta la doble función de la literatura. Por un lado, era el vehículo a través del cual se consignaba una realidad que se ordenaba a través de la escritura, formando así una imagen del país. Esta labor estaba confinada casi en su totalidad a los círculos de letrados urbanos, bien fuera como productores directos o mediadores de las producciones de otros actores sociales (recopilaciones de folclore, introducción de poetas de provincias, clasificación del valor adjudicado

a las diversas producciones), constituyendo lo que Ángel Rama llamó la *ciudad letrada* (1984). Esta *ciudad letrada* estaba directamente ligada al poder, no sólo porque en general los escritores eran también políticos (y las más de las veces, la viceversa: los políticos adiestraban su arte del buen gobierno a través de la pluma), sino porque en últimas la lógica que comandaba la letra era la que buscaba imponerse sobre una realidad que se percibía como caótica, desenfrenada y, en términos generales, incivilizada. De ahí que se pueda establecer, como lo hace Rama, una continuidad sin fisuras entre el proyecto civilizatorio colonial y el republicano poscolonial.

Más allá de la superficial diferencia entre la cultura letrada y la oral cuando se mide sólo por los medios que utilizan para su transmisión, lo que separa sustancialmente al letrado del resto de la comunidad es el logos civilizador y colonizador que impulsa a través de la letra. Es decir, no es el medio mismo –la escritura–, sino su inscripción dentro de una sociedad dividida en castas, razas y clases lo que hace que la práctica del hombre de letras hispanoamericano se entienda como una continuación de esa lógica. El espacio de la letra se traduce en un espacio de control de los cuerpos (abolición de otras prácticas escriturales) y de las mentes (saber decir) que se halla estrechamente ligado a la vigilancia del lenguaje por medio de la norma gramatical.

El lugar en el que se confunden las prácticas del hombre de letras como observador y escribano del mundo circundante y como actor dentro de él en cuanto gobernante son las Constituciones. Esto pude verse claramente en el caso de Andrés Bello, cuya obra como poeta, gramático y legislador conjuga magistralmente las tres variantes letradas dentro de un proyecto civilizatorio de profundas repercusiones. Las visiones que se ponen a prueba tentativamente en la poesía (como en la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, su proyección de una civilización fundamentalmente fisiocrática) se traducen en normas y leyes que han de regir los destinos de naciones (Chile, en este caso). La constitución colombiana de 1886 tradujo en muchos sentidos la visión que tenía Miguel Antonio Caro de lo que debía ser el pueblo colombiano. Un punto ilustrativo es el que se refiere al voto. Mientras los liberales, temerosos de la influencia que podía ejercer la Iglesia en los analfabetos, preferían un voto restringido a los hombres mayores de 21 años que supieran leer y escribir, Caro, profundamente

convencido del espíritu católico que debía imperar en todos los asuntos públicos, abogó a favor de, e impuso, el voto "universal" para todos los hombres, sin importar su nivel educativo. Así, de hecho, lo que es en apariencia una medida más democrática, dadas las condiciones reales del país resultó en su contrario, y las elecciones quedaron en buena medida supeditadas a los mensajes que se emitían desde el púlpito.

Una segunda función que ejerció la literatura fue la de una pedagogía de lo nacional. Si mucha de la labor de observación, consignación y ordenamiento se efectuaba a través de la escritura, las cartillas, los libros escolares y los manuales se constituyeron en procesos de selección y discriminación de textos para servir como "reflejo" de lo que era el "pueblo" de la nación. Estas ayudas pedagógicas cumplían el cometido de canonización e institucionalización de los textos para uso de la educación ciudadana y como vehículos para la construcción de una hegemonía cultural, entendida en un sentido estrictamente gramsciano: la conformación de una "cultura común", de valores compartidos en la que todos los habitantes de la comunidad, sin importar las diferencias de clase, raza, género, etc., encuentren los puntos de convergencia que los identifica como miembros de la nación.

Como instrumento pedagógico, estos textos no tenían que cumplir el requisito de efectivamente mostrar la diversidad cultural, racial, social y demás de que se componía la nación, sino educar a los pobladores dentro de un sistema de valores que, si compartían, los integraba a la comunidad. Es decir, no era "dialógica" sino más bien catequizadora; y de hecho, muchos se organizaban como catecismos, en un sistema vertical de transmisión de valores. Los textos escolares no eran un lugar de encuentro en el que se exploraba la diversidad, sino un lugar de imposición de la unidad.

No toda obra literaria se prestaba para dicha misión moralizadora y pedagógica, y las más de las veces, como es obvio, estas compilaciones dicen mucho menos sobre la nación y mucho más sobre la mentalidad y los cometidos políticos e ideológicos de los compiladores. Cuando se hacía inevitable la presencia de obras cuyo contenido o cuyos autores no se condecían del todo con el espíritu de los educadores, las exégesis literarias se encargaban de poner los textos en su lugar, de indicar los valores que merecían exaltarse y condenar los reprochables. Así, el

comentario literario se convertía en escuela moral. Este aspecto pedagógico cobró mayor fuerza con la ampliación de la matrícula escolar bajo lo regímenes conservadores entre 1880 y 1930 (Palacios, 1995, 17), el período conocido como la "hegemonía conservadora".

El proyecto civilizatorio, que en el siglo XIX se traducía ante todo en un orden mercantil moderno, se defendía a capa y espada con ideas liberales y se atacaba desde el proyecto civilizatorio alternativo, el del legado hispano-católico. La labor de *El Mosaico* en la década de 1860 en este contexto resulta especialmente interesante. Si bien las contribuciones personales de sus dos fundadores, Eugenio Díaz y José María Vergara y Vergara, pasaron a alimentar muy directamente la ideología conservadora, en términos generales, la tertulia se constituyó como un espacio políticamente "neutro" en el que participaban tanto conservadores como liberales, en el que se incluyeron producciones de muchos hombres y mujeres de letras y, en esa medida, pudo reclamar un carácter nacional. En su multifacética labor, Vergara y Vergara como conductor de este grupo de letrados supo organizar tanto la labor exploradora de lo nacional como la pedagógica.

LOS LEGADOS DEL PASADO, LAS EXIGENCIAS DEL PRESENTE – *EL MOSAICO* Y LA COMISIÓN COROGRÁFICA

La actividad en el campo de las letras que llevaron a cabo Vergara y Vergara y los miembros de *El Mosaico* puede entenderse como la de la elaboración de una definición de la cultura nacional. Su labor devino en la configuración de un mapa social de la nación que sirvió de base para una pedagogía civilizatoria y ciudadana, especialmente en el proceso de canonización e institucionalización de las obras literarias en manos de los conservadores. Pero esto habría de ser un fenómeno posterior. En esta parte me ocuparé de los antecedentes más importantes que suministraron en buena medida los materiales de los que se valió el grupo, así como los momentos que definieron las posiciones ideológicas que le cupo promover. *El Mosaico* es el espacio cultural en el que confluyeron dos fenómenos de la mitad de siglo: la creación de los partidos políticos y la radicalización de la posiciones, por un lado, y la constitución de una expedición científica de exploración de la geografía, la botánica y las gentes del país que se llevó a cabo entre

1850 y 1859 bajo el nombre de la Comisión Corográfica, comandada por el geógrafo italiano Agustín Codazzi.

Entre 1849 y 1853, se introdujeron una serie de reformas, conocidas en la historiografía como la Revolución del Medio Siglo, que transformaron radicalmente la sociedad colombiana. Los eventos de Francia en el 48 produjeron un gran impacto en las nuevas generaciones granadinas y se dio un gran impulso a las ideas liberales con fuertes toques socialistas y románticos. Entre las más notables y duraderas, se encuentra la abolición de la esclavitud en 1851. Estas reformas tuvieron como efecto, asimismo, una mayor radicalización de las diferencias partidistas y de hecho dieron origen cabal a los partidos. La abolición del fuero eclesiástico y la expulsión de algunas órdenes religiosas, como la Jesuítas, motivó una rebelión de los conservadores en 1851 y, por haber surgido y tenido más fuerza en la región predominantemente esclavista del Cauca, se vio ligada con el descontento que produjo también entre los terratenientes de la zona la abolición (Safford y Palacios, 2002, 205). En materia de programas políticos, se consolidó la alianza entre el conservatismo y la Iglesia y el partido se perfiló esencialmente como defensor de los intereses de ésta. A su vez, los liberales se dividieron, se produjeron fracciones entre los más y los menos radicales (gólgotas y draconianos) y la crisis se precipitó en 1854 con un levantamiento de artesanos y el golpe de estado del General José María Melo. Se restituyó el orden constitucional a los pocos meses, pero el espíritu revolucionario de las reformas se fue apagando ante los muchos impedimentos.

Los debates de medio siglo y las consecuencias del revuelto ambiente político siguieron reverberando a lo largo de la década. En la obra de los fundadores de *El Mosaico* hay una clara intención de contestación a las influencias francesas e inglesas, una afirmación de "lo colombiano" como una cultura ajena a estas ideas. El texto que motivó la fundación de la tertulia, la novela *Manuela* de Eugenio Díaz, satiriza con fina ironía las pretensiones socialistas y el idealismo romántico del joven letrado urbano ante las crudas realidades del gamonalismo y las pugnas de poder locales en el campo. Bajo la firma mano de Vergara y Vergara, el realismo costumbrista se orientó para servir de base a un "realismo político". La realidad colombiana debía explorarse y entenderse desde sus propias condiciones, sin las afectaciones de ideologías foráneas. La consigna de

Díaz, "el cuadro de costumbres no se inventa, se copia", sirvió de impronta para definir no sólo el género sino lo que sería la base de la literatura nacional como registro de una cultura nacional autóctona.

Como parte de las reformas, con el fin de tener una base científica clara para poder proyectar el progreso de la nación, se concibió en 1849 la Comisión Corográfica. Con estas reformas se trataba, en parte, de implementar los ideales radicales de los liberales, pero en concreto de modernizar y racionalizar la administración pública y sacar al país de la condición de atraso económico en que se encontraba. Para ello era fundamental observar cuáles eran los trazados de la división territorial, notoriamente inestable por causas políticas, y fijar criterios geográficos con base científica, así como sobre principios económicos de eficiencia comercial y administrativa³. Además, era necesario hacer una evaluación de los recursos, inventarios de caminos y censos de población. Así, una tarea de la Comisión era la de hacer levantamientos de mapas y cálculos poblacionales para establecer una división territorial más racional y un equilibrio entre las regiones. Pero sobre todo, esta exploración del país tendría como fin establecer las políticas de progreso económico, determinar cuáles eran las actividades de las que el país podría sacar más provecho en sus relaciones comerciales con Europa.

El legado de la Comisión Corográfica es enorme y está aún por evaluarse mucho de lo que hicieron Codazzi y sus acompañantes, así como los posteriores desarrollos científicos y culturales que se vieron tocados por esta obra. Entre lo más notable de su labor se encuentra el trabajo de sentar la base cartográfica de la nación, las numerosas descripciones geográficas y el establecimiento de elementos a partir de los cuales se delimitarían las regiones naturales (ríos, montañas, etc.). De aquí salió la división regional de Colombia, que se elaboró realmente sólo hacia finales del siglo XIX y principios del XX con la obra del geógrafo Francisco Javier Vergara y Velasco⁴. El botánico José Jerónimo Triana, el científico más ilustre del país en el siglo XIX, trabajó con la Comisión y culminó sus labores en Francia publicando obras sustanciales sobre la botánica colombiana e importantes contribuciones a los sistemas de clasificación de las plantas. El trabajo de Triana conectaba la labor de la Comisión con el legado de la Expedición Botánica de 1783-1808 dirigida por José Celestino Mutis

y en la que trabajaba el más renombrado científico de la época, Francisco José de Caldas.

La Comisión se disolvió poco después de la muerte de Codazzi en 1858. En el espacio de la cultura nacional, fue *El Mosaico* quien se encargó de procesar parte del legado. Varios de los miembros de la tertulia habían participado en la Comisión o fueron continuadores de su labor una vez se disolvió, como es el caso del periodista Manuel Ancizar y del geógrafo Felipe Pérez. Es en el espacio de la Comisión que cobra impulso y alcance el "cuadro de costumbres", lo que supo capitalizar *El Mosaico* para el proyecto conservador, aun cuando en sus orígenes no sólo era liberal, sino que buscaba ser científico y objetivo. El órgano de difusión más importante fue el periódico *El neo-granadino*, creado en 1848 por Manuel Ancizar para promover el proyecto liberal⁵. Allí se publicaron entre 1850 y 1852 los artículos que éste, como miembro de la Comisión y bajo el seudónimo de Alpha, iba escribiendo sobre la marcha y en los que hacía descripciones detalladas de paisajes, caminos, poblados y gentes⁶. Asimismo, en ese periódico se publicaron los cuadros de costumbres de Manuel María Madieto, posteriormente miembro importante de *El Mosaico* (Loaiza, 1999b, 72). Ancizar invitaba a sus lectores a enviar contribuciones de descripciones locales, informes sobre el estado de los caminos, las condiciones de las poblaciones, etc. Así, entraba al espacio de la revista un contingente inesperado de contribuyentes de provincias (Loaiza, 1999b).

Para la Comisión se designaron también pintores que crearían una colección de láminas para ilustrar los diferentes aspectos estudiados. La mayoría de las pinturas y los dibujos que elaboraron Manuel María Paz, Henry Price y Carmelo Fernández no se publicaron sino hasta 1957 (Sánchez, 1998, 563). Sin embargo, sí hubo una gran difusión de los "cuadros de costumbres" del pintor más importante de Colombia en el siglo XIX, Ramón Torres Méndez, quien no formó parte de la Comisión pero en cuya obra se puede ver el tipo de conocimiento que se estaba produciendo. Sus láminas impusieron un estilo de representación que dejó una fuerte impronta en la imagen que se creó de las castas, clases y razas en el país. El trabajo de Torres Méndez convergió con el de *El Mosaico*. Conservador convencido, Torres también usó la ligereza del costumbrismo para caricaturizar tipos sociales y, por supuesto, "tipos" políticos (Sánchez, 1991).

La tertulia de *El Mosaico* se hizo cargo, en parte, de difundir el trabajo de la Comisión y al mismo tiempo definió elementos de su trabajo a partir de lo obtenido por ella. Así, en la importante recopilación que hizo Vergara y Vergara con otros miembros del grupo de lo más representativo del género costumbrista en Colombia, el *Museo de cuadros de costumbres* (1866), figuran multitud de crónicas de viaje de miembros de la Comisión. La definición de *costumbrismo* resultó, por ende, muy amplia, desde la variante picaresca social que se adoptaba de los modelos españoles de Larra y Mesonero Romanos, pasando por elucubraciones sobre las prácticas sociales o políticas, hasta las crónicas de viajeros en un formato descriptivo a medio camino entre lo científico y lo narrativo.

Un mapa imaginario de la nación, con sus diferencias regionales, las características de sus poblados, las dificultades en las comunicaciones, sus grandes baldíos, sus selvas inhóspitas, los obstáculos para el comercio, el progreso y la civilización adquirió forma en este cuadro impresionista que brindaba la recopilación. Hasta bien entrado el siglo XX, el costumbrismo dominaba la representación de la realidad social en Colombia, especialmente la rural⁷.

El costumbrismo resultó un vehículo apto para crear un mapa cultural del país como *mosaico*, una imagen que posibilitó imaginar la "unidad en la diversidad", para usar uno de los lemas del hispanismo actual. El conjunto amplio de cuentos, poemas, crónicas de viajes, coplas, láminas y demás materiales que podían ubicarse bajo el rubro, en los que se retrataban tipos humanos con el trasfondo de paisajes, ilustrando las diferentes formaciones sociales y económicas, se registraban los hábitos, las fiestas, las prácticas religiosas, las industrias, las labores del campo, permitieron trazar los contornos de una "comunidad imaginada". Los cuadros de costumbres permitían establecer los elementos comunes entre poblaciones dispuestas en una vasta y azarosa geografía e incomunicadas por falta de caminos.

El estilo sencillo y su voluntad documental permitían registrar las variantes lingüísticas de las diferentes regiones. Contribuyó en esto a señalar las líneas por donde pasaba la divisoria fundamental entre el uso "correcto" de la lengua por parte del letrado, cuya mirada construía el conjunto que se describía, y las "desviaciones" que se observaban en el uso de las gentes comunes. A la vez que

su sencillez lo hacía accesible a la población semialfabetizada, consolidaba la legitimidad del letrado para gobernar.

Por la naturaleza misma del género, las escenas de costumbres tendían a ser estáticas. En ellas la acción era mucho menos importante que la descripción, la anécdota era insignificante. Presuponían, en ese sentido, un deseo por parte del lector de adquirir conocimiento sobre las bases materiales del país más que una curiosidad novelesca. El estatismo del cuadro de costumbres ubicaba a los personajes en un espacio, pero suspendidos en el tiempo. En contraste con la conciencia histórica del letrado, la realidad histórica de los retratados quedaba "al margen de la historia", para usar la frase con la cual designó Euclides Da Cunha a las poblaciones amazónicas.

LA DEFINICIÓN DE LA COLOMBIANIDAD A PARTIR DE LA REVISIÓN DEL PASADO COLONIAL

Un proyecto importante que se albergaba dentro del conjunto mayor de la misión de la Comisión Corográfica era el de atraer inmigración extranjera⁸ y esto también dejó una huella en el proyecto de *El Mosaico*. Esta cuestión había estado en la lista de programas de gobierno desde los inicios de la era republicana (Sánchez, 1998, 197). Aunque el país estaba bastante despoblado y muchas explotaciones comerciales no eran posibles por falta de mano de obra, la inmigración se concibió siempre como un gesto civilizatorio encaminado a atraer europeos del norte y norteamericanos, cuyo espíritu de empresa habría de promover el progreso. En 1849, el secretario de gobierno del entonces presidente Tomás Cipriano de Mosquera formulaba la cuestión en los siguientes términos:

En la Nueva Granada se notan todas las condiciones de los países que necesitan más (*sic*) el poderoso fomento de la inmigración: extenso territorio, población poco numerosa, eterogeneidad de razas, languidez industrial, escasa y difícil comunicación. Necesitamos, por tanto, civilizar y poblar nuestros baldíos, aumentar la raza blanca, dar aliento al trabajo y las artes, desarrollar los fecundos jémenes de riqueza que encierra nuestro vasto suelo, impulsar las mejoras materiales y nuestros progresos morales (citado por Sánchez, 1998, 197).

El gobierno nunca dispuso de los fondos necesarios para crear un programa de inmigración y quedó como único recurso el de usar un "medio indirecto" a través de la prensa, en la que se podía publicar descripciones del país, de "las ventajas naturales, políticas y sociales", para atraer a los extranjeros (Sánchez, 1998, 204). Se consideraba que las láminas creadas por los pintores de la Comisión podían servir para tal fin, es más que esta era su principal razón de ser, pero nunca se publicaron, quizás por falta de dinero (Sánchez, 1998, 570). El trabajo de *El Mosaico* resultó en parte orientado por los impulsos de esta política. Como se ve expresado en el prólogo al *Museo de cuadros de costumbres*, la intención primera es que los volúmenes sean leídos en el extranjero, su propósito el de "servir para dar a los que no nos conocen alguna idea de lo que somos y de lo que hemos sido" (Vergara y Vergara, 1866, 2). Así, las actividades de *El Mosaico* revelan un elemento crucial de lo que constituía el ejercicio de la letra en el siglo XIX: el levantamiento de las características del país para el "uso" de los extranjeros que se quería atraer.

Por más que se frustrara, los debates sobre la inmigración alimentaron las nociones de lo que definía la colombianidad, afectaron las formas de cómo establecer el "carácter" de la nación y de sus gentes. Atraer europeos del norte y norteamericanos planteaba un problema que, en medio de las pugnas entre liberales y conservadores, iba a cobrar peso específico: el de la cuestión religiosa. Se sobreentendía que la población colombiana era católica, pero los inmigrantes que se quería atraer iban a ser muy probablemente protestantes. Fundamentalmente, la pregunta era si se declaraba libertad de cultos o se exigía la conversión.

En este punto de la identidad religiosa de la nación habría de fortalecerse el pensamiento católico. Un frente lo habría de cubrir Miguel Antonio Caro con sus ataques al utilitarismo como un pensamiento foráneo que no se condecía con el legado hispánico colonial y como una filosofía sensualista que se contradecía con la razón, la verdad y en última instancia con el fundamental sentimiento católico de los colombianos (Caro, 1869). En el frente de la cultura nacional, Vergara y Vergara hizo una poderosa reevaluación del legado español, que contribuyó a fundar la "nacionalidad" en el pasado colonial y crear una continuidad entre ese pasado y el presente de la nación a través de la continuidad en las letras.

Es en este sentido que la *Historia de la literatura en la Nueva Granada* desempeña un papel central en el establecimiento de la cultura colombiana como una cultura esencialmente hispánica. Se relaciona con la práctica costumbrista en su tarea de mantener la colombianidad como una identidad de lo "autóctono", pero lo define de antemano como lo producido en el largo proceso histórico de aculturación de las poblaciones originarias y de hispanización de la cultura. Puesto que no se ocupa, como lo hace el costumbrismo, de las clases populares sino de la tradición letrada culta, la *Historia* establece la legitimidad de las clases gobernantes a través de la continuidad de una tradición que se remonta al pasado colonial y cuya línea de continuidad se traza en la letra.

El revisionismo histórico de Vergara y Vergara se centra en su reinterpretación de la Independencia. La historiografía republicana había sido en general una tarea de liquidación del pasado. Su retórica narrativa se centraba en las revoluciones como un momento de ruptura, de nacimiento de un nuevo orden. Atrapados por las viejas formas sobrevivían, sin embargo, las masas iletradas (Colmenares, 1986, xxiii-xxiv). El argumento de Vergara y Vergara se construye como una refutación a las fuertes críticas contra la colonia española, que se remontan al *Memorial de agravios* de Camilo Torres, pasan por la Carta de Jamaica (1815) de Simón Bolívar y habían se reiteraban sistemáticamente sobre todo en las críticas de los liberales colombianos en el medio siglo (ver J. M. Samper 1861 y M. Samper 1867). Su visión es que la generación de 1810 no podía haber surgido de la nada, sino que era "preciso reconocer la existencia de una labor anterior y muy anterior á ella; de un desarrollo del espíritu, lento si se quiere, pero que existió" (Vergara y Vergara, 1867, 7). La figura clave sobre la que gira el argumento es la del botánico, astrónomo y geógrafo Francisco José de Caldas, justo la figura que también reclamaban, desde un espíritu científico ilustrado moderno con tendencias utilitaristas, los liberales de la Comisión Corográfica.

El dispendioso recorrido que hace Vergara y Vergara por las letras coloniales, desde la fundación de Bogotá en 1538 hasta la independencia en 1819, es un inventario de autores y escritos cuya finalidad central es trazar, para ponerlo en términos foucaultianos, la arqueología y la genealogía de Caldas como figura pivote de transición, heredero de lo mejor de lo español y cuyo legado científico es lo mejor de

Colombia. En un gesto que subraya su propio patriotismo, tras declarar que "Cristiano, trabajo para mi religión: ciudadano, trabajo para mi patria", Vergara y Vergara firma el prólogo de la obra el 20 de julio de 1867, en el aniversario de la independencia (15).

El gesto de apropiación de Caldas para la causa hispanista católica es mucho más complejo de lo que se revela en la simple vindicación de su figura. Hay que tener en cuenta, de manera central, que lo que hace Vergara y Vergara es trasladar a Caldas del espacio científico, en el que imperan una serie de principios de validación de la verdad que se basan en una epistemología racional positiva, para posicionarlo en el espacio de la letra. Ese espacio, por su parte, va a ser determinado por otro tipo de autoridad: la que establecen desde sus cenáculos los gramáticos a partir de la norma lingüística.

En 1871, Vergara y Vergara junto con José Manuel Marroquín, también autor costumbrista y gramático, Rufino José Cuervo, el mejor lingüista colombiano y autor también en 1867 de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, y Miguel Antonio Caro, supremo adalid de la causa católica, crean la primera correspondencia americana de la Academia de la Lengua Española. Con esta institucionalización se consolidan los principios católicos y los de la lengua como el legado fundamental de la colonia y las bases de la nacionalidad colombiana.

En sus escritos, Miguel Antonio Caro establece una conexión directa entre los principios morales cristianos y el buen uso gramatical, liga a esto a la crítica del utilitarismo, la cual, a su vez, se traduce en una crítica a las ideas de la ilustración y a los ideales liberales (Caro, 1869, 1872, 1881). Todo ello se va a traducir en su obra magna, la Constitución de 1886, que se sellará en 1887 con un Concordato con el Vaticano.

UNA NOTA SOBRE *MARÍA* DE JORGE ISAACS

La suerte que ha corrido *María* dentro de la historia literaria y la construcción del canon en Colombia puede verse como un efecto directo de las doctrinas educativas del proyecto hispano-católico, que imprimió a la obra un sentido específico dentro de su orden ideológico. Miguel Antonio Caro se encargó personalmente de descalificar a

Isaacs por su origen judío y sus ideas darwinistas, pero la novela ya había tenido un impacto imborrable en toda Hispanoamérica. Una sucesión de biografías falseadoras y de interpretaciones simplificadoras situaron a la novela como lectura adecuada para señoritas, y una larga tradición se ha encargado de perpetuar el valor de la novela por la grandeza de sus descripciones del paisaje y por los profundos sentimientos católicos de esta dulce familia de conversos judíos provenientes de Jamaica.

En los últimos años se ha recuperado mucho del Isaacs que se había borrado de la historia, pero todavía la lectura de *María* sigue afectada por el romanticismo con el cual se ha construido tanto la vida del autor como el mundo que supuestamente representa en su novela. En apariencia, *María* es un lamento por la pérdida de un orden social que en realidad nunca existió en la forma idílica y nostálgica que le imprime el tono del relato central, dedicado a la reconstrucción detallada de la vida de familia, el paisaje y los obrajes. Si se tiene en cuenta la influencia del entorno literario de *El Mosaico*, que patrocinó la obra de Isaacs, se entiende más claramente cómo la novela traduce magníficamente la diferenciación que se estableció en el sistema literario a través del costumbrismo para representar los órdenes sociales y se percibe mejor el "desorden" que introduce Isaacs. La tradicional descripción de *María* como una obra que tiene elementos románticos, cotumbristas y realistas no permite dar razón de la complejidad que se esconde tras los diferentes modos de representación.

Hay una separación temporal importante entre lo más bien ficticio romántico de la novela, de inspiración europea, que trata del sistema de la hacienda y de los esclavos, y el uso de motivos costumbristas y realistas en el manejo de los personajes campesinos y de otros personajes secundarios, como son los amigos de Efraín. En este orden se representan situaciones que corresponden al presente de la escritura de la obra. En *María*, la imposibilidad de representar lo social dentro de un solo régimen indica algo más que una "torpeza" o "inmadurez" de su autor. Son síntomas de la disolución de un orden que podía todavía interpretarse dentro de los regímenes de representación colonial, pero que se está fracturando mucho menos por las diferencias políticas internas que absorben la atención de los gobernantes, que por cambios en el orden internacional mercantil que le adjudican una nueva función a esa clase.

María es una novela que se ubica en el umbral entre el fracaso del proyecto criollo de independencia, que derivaba su legitimidad de la lucha contra España, y un proyecto positivista de progreso que le adjudica al heredero del criollo un papel de intermediario entre el deseo del consumidor europeo por productos tropicales y la mano de obra que los va a extraer. La novela es una larga despedida nostálgica del viejo orden, no porque ofreciera un mundo mejor, sino porque en ese momento de incertidumbre no está claro quiénes van a ser los conductores del nuevo proyecto. Así, la novela oscila entre un pasado cuyo cometido histórico ya no tiene validez y un futuro indefinido, para el cual la novela postula varias posibilidades: la que representa el amigo de Efraín, Carlos, de explotación agrícola racional o el romántico campesino que representan los dueños de minifundios aledaños a la hacienda.

Es una linda ironía que la única obra colombiana que realmente atrajo inmigración extranjera fue *María* de Jorge Isaacs, ese retrato idílico y romántico de la sociedad esclavista del Cauca, cuya base material había dejado de existir y en la que nunca reinó la armonía que tan amorosamente construye Isaacs⁹. En la centralidad de ciertos temas en la novela, sin embargo, se percibe la huella de los debates sobre la colombianidad: en el obsesivo énfasis en la conversión tanto del padre de Efraín como de *María*; en la correlación que se establece entre las prácticas católicas y la integración al país; en la mirada nostálgica a un pasado que nunca existió. Es interesante notar cómo Isaacs introduce la conversión religiosa como vehículo de nacionalización, pero al mismo tiempo mantiene una ambigüedad que la socava. Apenas insinuada en la novela, se encuentra la convicción de que los campesinos provenientes de la región de Antioquia son también de origen judío y es con ellos con quienes Efraín más comunidad y comunicación establece. La descripción de *María* coincide con las de las campesinas y la seductora Salomé subraya que si no fuera por el vestido, Efraín no notaría la diferencia. Pero sobre todo, puede decirse que *María* es la mayor y más poderosa heredera de las expediciones científicas colombianas, tanto la Botánica del XVIII como la Corográfica del XIX, en la medida en que busca esa colombianidad, que para sus mentores de *El Mosaico* radicaba en la religión y en la lengua, más bien en una compenetración –de claro corte romántico– con el lugar, el paisaje, la luz, los olores. Culturalmente, para Isaacs la colombianidad se construye sobre la memoria, desde un sentido profundo de una pérdida irreparable, ligada a las gentes del país.

NOTAS

- 1 Este trabajo no habría sido posible sin el constante diálogo a lo largo de los años con Margarita Serje, Álvaro Félix Bolaños y Eduardo Subirats. Un especial agradecimiento a María Isaacs, bisnieta del autor de *María*, por la cantidad de material y las historias familiares. A Cecilia Vargas Caicedo por su infinita paciencia y su maravillosa amistad.
- 2 La primera guerra civil de alcance nacional fue la federalista entre 1839 y 1841, que culminó con la constitución de 1843. En 1851, como reacción a las profundas reformas que se introdujeron entre otras la abolición de la esclavitud, se produjo un levantamiento de los conservadores contra el régimen liberal; finalmente, en 1853 se impuso una nueva constitución. De nuevo, entre 1859 y 1862 los conservadores se levantaron contra el régimen liberal en una guerra que culminó con la constitución radical de 1863. En 1876, los conservadores se alzaron nuevamente contra el régimen sobre una plataforma religiosa para rechazar las reformas educativas laicas del gobierno central. Cada constitución cambiaba el nombre del país. Hasta la de 1853, sin embargo, se conservó Nueva Granada, manteniendo en reserva el de Colombia para una posible reunificación y reconstitución de la unidad que creó Simón Bolívar en 1822. La constitución de 1863 adoptó el nombre de Colombia. Así, en el período del que me ocupó, el país tuvo los dos nombres.
- 3 Las condiciones geográficas del país, con sus cordilleras y ríos, dificultaban notablemente las comunicaciones y facilitaban las divisiones territoriales. Las pugnas políticas las intensifica-

ban. En 1832, el país se encontraba dividido en 18 provincias; en 1850, había 26, y para 1853 se habían sumado otras diez. Al mismo tiempo, varios municipios desaparecían, se fusionaban, eran absorbidos por otros. Ver Sánchez, 1998, 177-78.

- 4 Aun cuando Vergara y Velasco tomó como referencia mucho del material de Codazzi, su obra recibió una fuerte influencia del geógrafo y anarquista francés Eliseo Reclus, quien durante una estadía de tres años en Colombia entre 1855-57 intentó asentarse en la Sierra Nevada de Santa Marta. Reclus registró su experiencia en *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe*, lo cual le sirvió de base para la parte sobre Colombia en el tomo XVIII (1893) de su *Nouvelle Géographie Universelle*. Vergara tradujo esta parte con el título de *Geografía de Colombia* en el mismo año en que apareció en francés y allí presentó en un apéndice su primer esbozo de las regiones (Blanco Barros, 2001, 3). Una versión más elaborada apareció en la segunda edición de su *Nueva geografía de Colombia* en 1901.
- 5 La labor de Ancizar como periodista ha sido magníficamente estudiada por Gilberto Loaiza Cano. Ver Loaiza, 1999a, y Loaiza, 1999b.
- 6 Los artículos aparecían en el periódico bajo el título de "Peregrinación". En 1853, se publicaron todos bajo el título de *Peregrinación de Alpha* (Sánchez, 1998, 534).
- 7 Así, por ejemplo, las novelas de Tomás Carrs, *Las novelas de Eduardo Cabello Calderón*, casi todas ubicadas en la región de Boyacá en el altiplano, se siguen considerando parte del legado costumbrista.
- 8 Las cuatro estrategias principales para impulsar el progreso eran: edu-

Recibido: 15 de enero de 2007

Aceptado: 15 de febrero de 2007

cación, industria, caminos e inmigración (Sánchez, 1998, 570).

- 9 Un curioso contingente de japoneses que leyó la obra se desplazó al Valle del Cauca en el siglo XIX y los descendientes de este grupo siguieron atrayendo compatriotas japoneses a Colombia. Ver Buitrago, Londoño y Martínez, 2005).

BIBLIOGRAFÍA

- Ancizar, Manuel (1853): *La peregrinación de Alpha por las provincias del norte de La Nueva Granada en 1850-1851*, Bogotá, Echeverría. Versión en línea, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, Biblioteca virtual: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/perealpha/indice.htm>.
- Blanco Barros, José Agustín (2001): "La primera división regional de Colombia", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, vol. 45, n.º 133, http://www.sogeocol.com.co/cont_bol133.htm.
- Buitrago Bermúdez, Óscar, Nelson Londoño Pinto y Pedro Martínez Toro (2005): "María y el proyecto de refundación del Valle del Cauca", *Polígramas*, 23, pp. 153-196.
- Caro, Miguel Antonio (1869): "Estudio sobre el utilitarismo", en *Obras*, tomo I, Filosofía, Religión, Pedagogía, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962.
- Caro, Miguel Antonio (1872): "El utilitarismo práctico", en *Escritos políticos*, Primera Serie, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.
- Caro, Miguel Antonio (1881): "Del uso en sus relaciones con el lenguaje", en *Estudios de crítica literaria y gramatical*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Imprenta Nacional, 1955.
- Colmenares, Germán (1986): *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo.
- Cuervo, Rufino José (1867): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954.
- González Stephan, Beatriz (1987): *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas.
- Isaacs, Jorge (1867): *María*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Arango Editores-El Áncora, 1989.
- Loaiza Cano, Gilberto (1999a): "Acerca de la vida privada de un hombre público del siglo XIX (el caso de Manuel Ancizar)", *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 26, pp. 59-82.
- Loaiza Cano, Gilberto (1999b): "El neogranadino y la organización de hegemonías: contribución a la historia del periodismo colombiano", *Revista historia crítica*, 18, pp. 59-80.
- Palacios, Marco (1995): *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*, Bogotá, Editorial Norma.
- Reclus, Élisée (1861): *Voyage á la Sierra Nevada de Sainte-Marthe. Paysages de la nature tropicale*, París, Hachette, traducción al español de Gregorio Obregón, *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, Imprenta de Foción Mantilla, 1869.
- Reclus, Élisée (1893): *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes, XVIII: Amériques du Sud, les régions andines*, París, Hachette.
- Rojas, Cristina (2002): *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth Century Colombia*, Minneapolis, University of Minnesota Press. Versión en español (2001): *Civilización y Violencia. La Búsqueda de la Identidad en la Colombia del Siglo XIX*, Prólogo de Jesús Martín-Barbero, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Editorial Norma.
- Safford, Frank y Marco Palacios (2002): *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*, Oxford, Oxford University Press.
- Samper, José María (1861): *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas) con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*, Bogotá, Editorial Centro.
- Samper, Miguel (1867): *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Gaitán.
- Sánchez Cabra, Efraín (1991): "Ramón Torres Méndez y la pintura de tipos y costumbres", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXVIII, n.º 28. Documento en línea: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol28/ramon.htm>.
- Sánchez Cabra, Efraín (1998): *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República-Áncora Editores.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier (1893), traductor: *Geografía de Colombia de Eliseo Reclus*, Bogotá, Papelería de Samper Matiz.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier (1901): *Nueva geografía de Colombia escrita por regiones naturales*, 2.ª edición, Bogotá, Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos.
- Vergara y Vergara, José María y otros (1866): *Museo de cuadro de costumbres*, Bogotá, F. Mantilla, edición en línea.
- Vergara y Vergara, José María [1867] (1905): *Historia de la literatura en Nueva Granada desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*, 2.ª edición, con prólogo y anotaciones de Antonio Gómez Restrepo, Bogotá, Librería Americana.